

Conocimiento objetivo y subjetividad humana

Anaya y Duarte, José Gabriel

2004

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5394>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

CONOCIMIENTO OBJETIVO Y SUBJETIVIDAD HUMANA*

Gabriel Anaya Duarte, SI**

Introducción

Doy lectura al Auto número 53 de su Majestad el Rey Felipe II: “En la Villa de Madrid, a veinte días del mes de noviembre de mil quinientos y sesenta y ocho años, en la consulta que tuvo, en ausencia de su Majestad, el señor Licenciado Juan Tomás. Que se escriba a la Universidad de Salamanca, y al Rector de ella, sobre que no se dicte, en que hay gran exceso, según se ha entendido. Mandóse que no se dicte, en ninguna manera; con apercibimiento, que si no hay enmienda, no se podrá dejar de proveer con rigor, y demostración”.

Espero que en el año 2001 se esté cumpliendo este auto en las clases, para que no sean el paso de los apuntes del profesor a los apuntes del alumno sin que ninguno de los dos entienda nada. La razón es clara: hoy tenemos no sólo la imprenta sino la Internet, y dictar no sólo resulta una pérdida de tiempo, sino sobre todo el riesgo de reducir el aprendizaje a una mera memorización por parte del alumno (si es que leyó lo que bajó de Internet), sin que lo entienda, lo razone y le sirva de base para sus decisiones. Es decir, sin que intervengan plenamente las operaciones conscientes de la actividad que llamamos “conocer”.

* Conferencia presentada en el foro “Universidad y cambio de Época”, 31 de agosto de 2001, UIA Puebla.

** Físico, profesor del Centro de Formación Humanista, UIA Puebla.

Así pues no voy a dictar; tampoco hablaré de las clases. Si empecé con el auto de Felipe II es porque tenemos el riesgo de ser alumnos pasivos de un mundo que nos “dicta” lo que debemos saber y hacer; alumnos que nos contentemos con reproducir como fotocopiadoras lo que nos llega de fuera, sin que lo asimilemos, lo hagamos nuestro; el riesgo de vivir y actuar en un mundo que nos enajena de nosotros mismos, que nos despersonaliza, que nos convierte en *homo videns*.

Para la modernidad empirista y positivista, lo importante es lo “objetivo”: lo que está ahí, enfrente, fuera de nosotros; lo que captamos por los sentidos, lo que vemos con los ojos directamente o por medio de sofisticados instrumentos, desde el telescopio hasta el ciclotrón. Lo hemos almacenado en la ciencia; lo hemos transformado por la técnica, lo hemos plasmado en sistemas económicos y políticos. Las mismas ciencias del hombre, la psicología, la sociología, han objetivado al hombre, lo han puesto enfrente, como un objeto. La fascinación por los objetos nos ha hecho olvidarnos del “sujeto”, de nosotros mismos, que somos quienes conocemos ese mundo objetivo, para quienes lo transformamos. Es urgente que nos hagamos la pregunta más importante; no tanto: ¿qué es el hombre?, sino: ¿quién soy yo? Nadie me puede “dictar” la respuesta; sólo la encontraré reflexionando sobre mi propia experiencia interior, sobre mi subjetividad.

Hablo de “subjetividad”, no de “subjetivismo”. La palabra “subjetivo, lo perteneciente al sujeto”, es ambigua. Puede significar lo relativo a cada individuo en cuanto distinto de los demás, a su propia manera de pensar, sentir o querer. De ahí ha pasado a significar lo arbitrario: “Es verdadero lo que yo quiero que sea verdadero; es bueno lo que yo decido que es bueno”. A esta postura la llamo “subjetivismo”, reacción extrema y superficial al positivismo, que limitó lo objetivo a lo observable externamente. En cambio, entiendo por “subjetividad” el conjunto de mis operaciones interiores por las que recibo y proceso los datos que me ofrecen los sentidos; operaciones que tienen una estructura básica común a todos los seres humanos, como podemos comprobar cotejando nuestras experiencias.

El conocimiento científico no es una mera fotografía de la realidad exterior, sino una elaboración subjetiva. Desde dentro de mí percibo los datos, me pregunto, formulo hipótesis y leyes, verifico su adecua-

ción con la realidad, decido sus aplicaciones. El objeto de las matemáticas, indispensables a la ciencia, son los números, que como tales no existen fuera de nosotros. Ahora bien, ¿reflexionamos sobre nuestras operaciones interiores? ¿Qué hago cuando investigo, cuando aprendo, cuando enseño? Mi subjetividad, aunque no la vea con los ojos corporales, tiene una existencia tan real como la de los objetos que veo, que oigo, que toco; incluso está más presente a mí.

Así pues, objetivo y subjetivo no se oponen, sino que se complementan necesariamente. Porque la objetividad sólo se nos manifiesta desde la subjetividad, y sólo nos captamos como sujetos en la relación con los objetos. El hombre siempre existe en relación. Sólo soy consciente de mí mismo al ejercer las operaciones por las que tiendo hacia el mundo, hacia las demás personas, hacia Dios. Recorreré estas tres relaciones exponiendo someramente tres aspectos o dimensiones de cada una de ellas: la situación a la que las ha conducido la modernidad estrecha, lo que deberían ser desde el punto de vista filosófico y el ideal que nos ofrece la teología cristiana.

El hombre y el mundo

1. *Situación actual.* Hoy el hombre se ha relacionado como nunca antes con el mundo que nos rodea. La ciencia lo ha explorado desde las partículas subatómicas hasta las lejanas nebulosas. La técnica lo ha transformado en bombas nucleares y en sofisticados y maravillosos aparatos médicos; los medios de comunicación ponen a nuestro alcance, de manera casi inmediata, los acontecimientos de todo el mundo y los conocimientos más recientemente adquiridos. Esto significa enormes avances para la humanidad.

Pero estos avances no han tenido resultados siempre positivos. Al crear satisfactores cada vez mejores, también han creado nuevas necesidades. Lo que era un sueño se convierte hoy en realidad; pero una realidad muchas veces superflua; y lo superfluo pasa así a ser conveniente, lo conveniente a ser necesario, lo necesario a ser indispensable. Hoy el ser humano es ante todo un consumidor de bienes producidos por la técnica. Hemos convertido al mundo en una inmensa fábrica y en un mercado globalizado. La felicidad se pone en el hedonismo, en

gozar de los bienes materiales; en tener objetos, más que en ser uno mismo como sujeto. Al dominar lo material, el hombre se ha dejado dominar por lo material; se ha materializado.

Ya es patente una triste consecuencia: hemos convertido al mundo de bello y acogedor hogar del hombre, de fuente de materias primas, en un inmenso basurero. Pero deberíamos preguntarnos si no nos hemos arrojado a ese basurero a nosotros mismos, enajenados de nuestra interioridad por el materialismo, despojados de nosotros mismos. Al cambiar el mundo nos hemos cambiado a nosotros, y no siempre para nuestro bien; al destruir el mundo nos destruimos a nosotros mismos.

2. *Dimensión filosófica.* ¿Es éste el hombre con el que soñó el humanismo del siglo XVI, y que condujo a la modernidad, a la era industrial, al materialismo práctico, a la materialización del mismo hombre? El hombre se puso en el centro, y con razón, pues supera lo material, como lo muestra su capacidad de dominar el mundo por la ciencia y la técnica; el hombre supera al mundo por su espiritualidad, por su capacidad de preguntarse por los significados y los valores que le ofrece su entorno; por su capacidad de entenderlo, de conocer la verdad que hay en él, de actuar libremente para transformarlo en beneficio propio.

Afortunadamente estamos presenciando ya un retorno a lo auténticamente humano. La creciente conciencia ecológica es un claro indicio. Surgen también cuestiones mucho más profundas. ¿La razón humana es meramente instrumental, para dominar lo material? ¿Cuál es el fundamento de la ética?, ¿qué es lo bueno y qué es lo malo?, ¿cuáles son los valores más elevados?, ¿la comodidad, el placer, el desarrollo tecnológico, la ciencia por la ciencia? La ética es el arte de construirme a mí mismo para tender a la verdadera felicidad. Así pues soy yo mismo el valor terminal de mi actividad, el que debe orientar todos los demás valores; soy yo mismo como sujeto, un sujeto que no se puede reducir a su realidad material. Tenemos una insoslayable dimensión espiritual.

3. *Dimensión teológica.* Si buscamos las raíces del humanismo más allá del Renacimiento, más allá de la cultura griega, encontramos textos muy iluminadores escritos hace tres mil años y recogidos en la Sagrada Escritura: “Entonces el Señor Dios modeló al hombre de ar-

cilla del suelo, sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en ser vivo” (Gn 2,7). No es una definición científica ni filosófica del hombre; pero describe gráficamente lo que somos: un puñado de arcilla, pero elevada del suelo, superior a lo material y abierta hacia Dios por el espíritu, por el “soplo divino”.

El mismo relato mítico de Adán y Eva añade: “El Señor Dios plantó un parque en Edén, hacia oriente, y colocó en él al hombre que había modelado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos de ver y buenos para comer” (Gn 2,8-9). La naturaleza, hermosa y productiva, es la habitación del hombre. Prosigue el texto: “Entonces el Señor Dios modeló de arcilla todas las fieras salvajes y todos los pájaros del cielo, y se los presentó al hombre, para ver qué nombre les ponía” (Gn 2,19). Aquí está el fundamento bíblico del dominio del hombre sobre el mundo: poner nombre significa conocer, no sólo con un conocimiento intelectual, sino también práctico; es decir, tomar posesión por la ciencia y la técnica. Más claramente en el relato de los seis días de la creación se nos dice: “Y dijo Dios: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles’. Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó” (Gn 1,26-28). El Dios creador nos ha encomendado su creación, nos ha hecho sus administradores.

Somos co-creadores con Dios porque somos imagen suya, capaces de entender, razonar, deliberar y decidir libremente nuestra actuación sobre el mundo; y si libres, también somos responsables; responsables ante Dios que nos ha encomendado esta gestión, responsables ante nosotros mismos. Conociendo y transformando el mundo, nos debemos construir según esa imagen de Dios que somos y que debemos desarrollar. ¿Qué hemos hecho del Edén?, ¿qué hemos hecho de nosotros al emplearlo mal? La norma ética fundamental somos nosotros mismos, tal como Dios nos hizo, imágenes suyas, gerentes del mundo; pero nos hemos alienado, nos hemos apropiado indebidamente del “árbol de conocer el bien y el mal” y hemos perdido “el árbol de la vida” (Gn 2,9). Hoy Dios nos pregunta como a Adán: “¿Dónde estás?” (Gn 3,9).

Sin embargo también podríamos preguntarle nosotros a Dios: “Y tú, ¿dónde estás?” Parecería que Dios está ausente de un mundo que la

ciencia y la técnica han desacralizado. "No necesito la hipótesis Dios", dijo Laplace. La ciencia ha ido explicando más y más fenómenos al formular las leyes insertas en la naturaleza misma. Tampoco necesitamos a Dios para satisfacer nuestras necesidades; nos basta la tecnología. Ya no podemos creer en el dios que hace llover o cura a los enfermos. El mundo es autónomo; el hombre tiene su propia autonomía para dominarlo. El mismo Concilio Vaticano II ha sancionado positivamente esa autonomía del hombre y del mundo.

Pero esto no significa que Dios esté ausente. Está latente en el mundo para que nosotros lo descubramos al utilizarlo en beneficio nuestro. Está vivo en cada uno de nosotros, administradores suyos, que al usar correctamente el mundo nos hacemos más imagen de él, nos elevamos hacia él. No necesitamos la hipótesis Dios como una premisa científica; lo necesitamos como una meta hacia donde dirigimos a nosotros mismos a través de este mundo. Esa meta que Pierre Teilhard de Chardin, el jesuita arqueólogo que se atrevió a ponerse en la encrucijada entre la ciencia y la fe, llamó el Punto Omega. La fe cristiana, la de Teilhard y la nuestra, nos dice que el Punto Omega se llama Jesús. "Él es Imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación, pues por él fue creado todo, en el cielo y en la tierra: lo visible y lo invisible [...]. Todo fue creado por él y para él, él es anterior a todo y todo tiene en él su consistencia" (Col 1,15-17).

La persona, la vida, la doctrina de Jesús pueden dar un sentido a la actividad científica, a la transformación del mundo. Si la ciencia y la técnica nos ayudan a construirnos a nosotros mismos, estaremos realizando el plan maravilloso que tiene para nuestra felicidad el Dios creador y redentor; plan que tan concisa y bellamente expresó san Pablo al decir: "Todo es de ustedes, ustedes son de Cristo, Cristo es de Dios" (1 Co 3,22-23).

El hombre y la sociedad

El hombre se construye por sus relaciones. Pero reducir la relación del hombre a la que tiene con el mundo es mutilarlo en su misma esencia; el hombre sólo se construye como sujeto, se realiza como persona, por las relaciones interpersonales.

1. *Situación actual.* La inadecuada relación del hombre con las cosas materiales, al distanciarnos de nuestra subjetividad, ha dañado también nuestras relaciones con los otros: hemos cosificado a las personas. Las relaciones humanas se reducen hoy muchas veces a utilizar al otro como trabajador o como comprador para provecho propio; o bien a rechazarlo y combatirlo como competidor. O simplemente lo marginamos, lo ignoramos, como algo inútil para el progreso. La premisa de que es lícita la propiedad privada de los bienes de producción, ha llevado a la conclusión de que los bienes producidos son propiedad exclusiva de los que invierten el capital, y no de quienes los elaboran con su trabajo. La consecuencia es hoy patente: la acumulación de esos bienes en manos de unos pocos, cada vez menos y más ricos, con el consiguiente despojo de una mayoría de pobres, cada vez más pobres y más numerosos.

El materialismo ha desembocado en el individualismo; enajenarnos en las cosas nos ha llevado a enajenarnos de nuestros prójimos, a aislarnos en nuestra soledad individual. Soledad interior que no es encuentro fecundo con nosotros mismos en nuestra subjetividad, sino subjetivismo falaz sin punto de referencia, sin brújula en medio del desierto. Soledad frustrante, porque las cosas materiales no pueden llenar nuestro corazón. Soledad de la que muchos tratan de huir enajenándose más y más en lo material de mil maneras, desde la música estruendosa y la televisión hasta el alcohol y las drogas.

2. *Dimensión filosófica.* El hombre no puede ser plenamente persona humana sino en la relación con el otro. No puedo reconocerme como un YO sino en el encuentro con un TÚ; no puedo asumir mi propia subjetividad sino en la intersubjetividad con mi otro YO. No soy simplemente "sociable", capaz de tener relaciones interpersonales; soy esencialmente "social": necesito esas relaciones. Dependo de los demás y los demás dependen de mí. Un individuo humano aislado es inconcebible en cualquier perspectiva. Todos nacemos en una cultura heredera de una larga historia, de muchos hombres que la forjaron. "Cabalgo en hombros de gigantes", decía Newton; ya lo había dicho un siglo antes Roger Bacon. La ciencia actual, a través de tentaleos y aun retrocesos parciales, es heredera de una tradición centenaria, milenaria inclusive. Hoy la ciencia no es el resultado del trabajo de

genios aislados, sino de un gran equipo mundial. Lo mismo podemos decir de la producción técnica.

Si hemos recibido una herencia de otros, es una herencia para los otros. Si la ciencia es social en su origen, también lo es en su aplicación. La investigación, la práctica profesional, cualquier tipo de actividad humana, tiene siempre una repercusión en los demás, de la que no podemos prescindir. Hemos asimilado una cultura; somos responsables de entregarla a las generaciones que vendrán. Cultura es cultivo; cultivamos el mundo al transformarlo, y así nos cultivamos a nosotros mismos y a los demás. ¿Qué cultura estamos modelando para la sociedad presente y futura? Es necesario pasar de la razón científica e instrumental a la razón comunicativa.

Por eso hay que completar el principio ético fundamental: "Es bueno aquello que me construye en convivencia". La humanidad ha ido pasando a lo largo de los siglos de la situación tribal a los Estados modernos, del patriarcado a la democracia, de la dispersión a la "aldea global". Se multiplican las interrelaciones entre los hombres; hoy estamos en comunicación prácticamente con todo el mundo por los libros, la información electrónica, las empresas transnacionales y sobre todo por el comercio globalizado. Surgen también nuevos problemas: laborales, cívicos, políticos, inclusive familiares. Pero las relaciones son hoy en general mediatas e impersonales: el vínculo que nos une es el dinero. Las ciencias sociales proponen diversas teorías, con sus respectivas ventajas y desventajas. La raíz fundamental de cualquier solución sólo puede estar en el interior de cada uno de nosotros: necesitamos pasar del "yo y la sociedad" al "yo en la sociedad"; del "yo y los otros" al "nosotros".

Para ello tenemos que ir más allá de las relaciones meramente objetivas, externas, de colaboración o de trabajo; pasar de la comunicación científica a la amistosa. Las relaciones interpersonales más profundamente humanas son las intersubjetivas, que culminan en el amor. Las ciencias del hombre, la psicología en particular, y sobre todo las corrientes filosóficas actuales en general, subrayan que el hombre sólo se realiza plenamente en el amor, en la apertura de la propia intimidad al otro, en la entrega de sí mismo —sin perderse, sino apropiándose más de la propia subjetividad—, en la búsqueda desinte-

resada del bien del otro. Amor es la unión de un YO con un TÚ para formar un NOSOTROS. Somos libres para amar, y sólo el amor nos da la verdadera felicidad.

3. *Dimensión teológica.* Es bien conocido el primer mandamiento del cristianismo, repetido desde el Antiguo Testamento y que incluye a todos los demás: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón [...] y a tu prójimo como a ti mismo" (Lc 10,27). No se trata de un mandamiento impuesto extrínseca y autoritariamente por Dios: es el enunciado de la suprema realización del hombre tal como él lo creó cuando dijo: "No está bien que el hombre esté solo" (Gn 2,18). Amar es servir, es dar, darse, dar la vida. Es verdad que Dios no necesita nada; lo que él quiere es que correspondamos al amor con que él nos ama atendiendo a las necesidades de nuestros hermanos. Ya lo decía en el libro de Isaías: "El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los yugos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que veas desnudo y no cerrarte a tu propia carne" (Is 58,6-7).

Es interesante que la noción de "persona" es históricamente de origen cristiano, a propósito de Jesucristo, una persona que posee dos naturalezas, y de un Dios trino y uno, tres personas en una sola naturaleza divina. Personas que son relaciones constitutivas de la Santísima Trinidad. Personas divinas que establecen relaciones interpersonales con los humanos. Por la encarnación del Hijo de Dios en una naturaleza humana, Dios se relaciona con nosotros como Padre y nos infunde su Espíritu de amor, que es el Espíritu Santo.

Por eso en el Nuevo Testamento el amor al prójimo adquiere nuevas dimensiones: "Quien no ama no ha conocido a Dios, ya que Dios es amor" (1 Jn 4,8). Es el testamento de Jesús: "Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los amé. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,12-13). El modelo supremo de la convivencia humana es la perfecta comunidad trinitaria; así oró Jesús: "Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn 17,21). La felicidad eterna que esperamos consistirá en participar en esa comunidad de amor.

Dios no es un Dios lejano, ausente del mundo. Si está presente en la naturaleza, sustentando la autonomía que él mismo le dio, con mayor razón podemos encontrarlo escondido en el OTRO. Es el Dios que de tal manera se identificó con los hombres que lo que hagamos a los demás, especialmente a los más necesitados, a él se lo hacemos: “Tuve hambre y ustedes me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era emigrante y me acogieron, estaba desnudo y me vistieron, estaba enfermo y me visitaron, estaba encarcelado y acudieron... Les aseguro que lo que ustedes hayan hecho a estos mis hermanos menores me lo hicieron a mí” (Mt 25,35-36.40).

“¿Dónde está tu hermano Abel?” (Gn 4,9), nos pregunta hoy Dios como le preguntó a Caín. Hemos hecho milagros gracias a la ciencia y a la técnica: estamos en posibilidad de remediar todas las necesidades que padece la humanidad. ¿Por qué no lo hacemos? No necesitamos multiplicar los panes sino repartirlos; nos hace falta el milagro del amor, que no brotará de los avances materiales sino de nuestro corazón, de nuestra subjetividad. Hemos globalizado la producción y el comercio; también la guerra. ¿Cuándo empezaremos a globalizar el amor y la justicia?, ¿a ser verdaderamente humanos?, ¿a realizar la civilización del amor?

El hombre y Dios

La religión ha sido y es una realidad a lo largo de toda la historia de la humanidad. Parecería que ya hablé de ella al dar la dimensión teológica de las relaciones del hombre con el mundo y con los demás; pero la teología es sólo la ciencia de la fe, la reflexión sobre el hecho religioso. Ahora hablaré de la religión misma, que de una manera más o menos explícita pretende ser la relación del hombre con Dios. Me concretaré en general al catolicismo.

1. *Situación actual.* La mentalidad positivista también ha viciado la relación con Dios; en una cultura fascinada por lo objetivo, hemos objetivado también la religión. Desde un punto de vista sociológico se puede describir la religión como un conjunto de verdades, leyes y ritos: dogma, moral, liturgia. Como el racionalismo positivista atacó las creencias religiosas, para defenderse de él la teología neoescolástica

cayó en sus mismos métodos; trató de apresar, de objetivar a Dios en conceptualizaciones inamovibles, mal comprendidas, que, resumidas en los catecismos, había que aprender de memoria. Así se generalizó una noción de un Dios lejano, ajeno o contrario a la ciencia; un Dios providencialista, a quien se le pide que remedie con milagros lo que nosotros no hacemos.

Al aspecto racionalista se fue añadiendo otra característica de la modernidad: el individualismo. A la disolución de las "buenas costumbres", se opuso una moral legalista y objetiva: se puso la importancia en la conducta exterior, no en el sujeto. Esto condujo a una religión "privatizada", que no tiene nada que ver con las relaciones humanas, con el progreso, con las estructuras sociales, con la economía y la política; una religión en la que es más importante la misa del domingo que el amor al prójimo.

Finalmente se cayó en lo que podríamos llamar una religiosidad materialista; una religiosidad consumista de devociones, de ritos mágicos, de imágenes; una religiosidad mercantilista, en la que Dios nos vende y hay que pagarle para evitar que nos castigue. Si se conservan determinadas prácticas es por razones sociales; prácticas que cada vez más personas abandonan, como inútiles en un mundo donde lo importante es lo funcional, lo productivo.

En conjunto, ante los embates de la modernidad amenazante, la Iglesia se refugió en una estructura rígida que no le ha permitido evolucionar desde dentro, desde su vida interior, desde la subjetividad; las comunidades cristianas se han convertido en masa. Ante la falta de espiritualidad en la Iglesia, crece la indiferencia religiosa; o bien se busca seguridad en un pasado fundamentalista o en experiencias emotivas seudorreligiosas.

2. *Dimensión filosófica.* ¿Existe la posibilidad de una relación más allá de la relación con el mundo material y con los demás? El *homo faber*, el *homo sapiens*, el científico, el artista, el amante, experimentan siempre la aspiración de ir más allá; de crear más, de conocer más, de amar más. Es lo que llamamos la dimensión trascendente del ser humano. Siempre seremos limitados, pero somos conscientes de ese límite y tratamos de trascenderlo. ¿Existe un satisfactor absoluto de esta tendencia?, ¿existe la Verdad absoluta, la Belleza perfecta, el Va-

lor infinito, el Amor sin límites? Lo llamamos Dios. El hombre está abierto a Dios, tiende –aun sin saberlo– a la relación con él. Pero Dios es inasequible a la finitud del hombre, y esta relación sólo es posible si Dios da el primer paso. En general las religiones suponen que Dios lo ha dado, que él se ha comunicado con nosotros.

En consecuencia, la auténtica religiosidad brota en el interior del hombre, en esa subjetividad que hemos olvidado; nace de una experiencia de Dios que él suscita a través de diversas mediaciones. Puesto que el hombre es un ser relacional, esa experiencia tiende a ser comunicada a otras personas; se forma así una comunidad que comparte la misma fe. Sólo en un momento posterior, indispensable ya que el hombre es un ser simbólico, esa religiosidad se formula en un conjunto de verdades, se traduce en normas de vida, se expresa en celebraciones rituales; símbolos que siempre estarán encarnados en una cultura. Dada su trascendencia, la re-ligación con Dios, si es profunda, tiende a abarcar a todo el hombre y sus actividades, a englobar todas las demás relaciones.

3. *Dimensión teológica.* Los cristianos sabemos que la comunicación de Dios con los hombres se llama Jesús: rostro humano de Dios y rostro divino del hombre; porque él mismo es el modelo de la religiosidad auténtica. Al ser bautizado por Juan, experimenta la especial presencia de Dios en él por el Espíritu Santo: “Tú eres mi hijo querido, mi predilecto” (Mc 1,11). Después de discernir en el desierto el camino que debe seguir (1,12-13), proclama en público el mensaje: “Se ha cumplido el plazo y está cerca el reinado de Dios: arrepiéntanse y crean la buena noticia” (1,14). En seguida invita a formar una comunidad: “Caminando junto al lago de Galilea vio a Simón y a su hermano Andrés que echaban las redes al mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: ‘Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres’. Al punto, dejando las redes, lo siguieron” (1,16-18).

El verdadero cristianismo, siguiendo los pasos de Jesús, da un sentido profundo a toda la vida humana personal y comunitaria. La orientación a Dios orienta nuestras otras dos dimensiones: la relación con el mundo, ambigua en sí misma, y la relación interpersonal, por la que al trascendernos desde nosotros mismos hacia el OTRO nos realizamos como personas y tendemos a Dios. Un Dios que quiere nuestro bien,

que ilumina la jerarquía de valores que él mismo imprimió en nosotros para alcanzar la felicidad suprema. Aun con el riesgo de podernos destruir, tenemos la dignidad de ser libres. Dios nos hizo libres y respeta nuestra libertad, pero también nos da su Espíritu, que nos capacita para construirnos en convivencia desde nuestra interioridad; y él mismo se nos ofrece como el valor supremo que nos plenifica.

Poco antes de que la posmodernidad desplegara su crisis de protesta y de búsqueda de cambio, el Concilio Vaticano II, guiado por el Espíritu Santo, marcó el rumbo que debe seguir la Iglesia. Iglesia que, antes que jerarquía, es pueblo de Dios; que debe interpretar los "signos de los tiempos", reconocer sus propios errores y las verdades y los valores de otras religiones y, en consecuencia, derribar las murallas en las que se había encerrado. La misión de la Iglesia, su "culto espiritual", consiste en "consagrar" el mundo extendiendo el reinado de Dios, que es "reinado de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz". Una Iglesia que se inculture, que se encarne como Jesús en la cambiante cultura actual.

Conclusión

Estamos experimentando un cambio de época, una transformación de la cultura a nivel mundial. Si por cultura entendemos "el conjunto de significados y valores que informan un determinado modo de vida", podemos decir que la modernidad privilegió los modos de vida más externos, observables. El desarrollo científico, que desembocó en una tecnología rica en beneficios materiales, ha repercutido en el cambio externo de las estructuras económicas y políticas, que tantos problemas enfrentan. Pero esa cultura fue relegando y olvidando los significados y valores subjetivos que expresan esos modos de vida; fue relegando al sujeto humano, que es el "valor terminal" de los bienes particulares y del bien común. "El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, la cual, por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social" (GS 25).

No ha sido mi intención presentar una visión pesimista de la situación actual, ni menos sugerir que la solución sea el retorno a la era precientífica. La humanidad ha avanzado con el desarrollo científico

y técnico. Más aún, la modernidad tuvo otro mérito: el de haber diferenciado adecuadamente los terrenos de la ciencia, del arte, de la ética, de la religión. La solución no está en negar el valor de estos dominios, ni en fundirlos en uno como en la premodernidad, negando su propia autonomía. Pero la solución tampoco consiste en disociarlos entre sí, sino en integrarlos adecuadamente. Esta integración sólo puede llevarse a cabo en la interioridad del sujeto humano, y desde ella vivirlos en una sociedad pluralista, respetuosa y armónica. Es necesario integrar lo objetivo con lo subjetivo, los modos de vida con sus significados y valores, el mundo con el hombre, al hombre con la sociedad.

En esta tarea la universidad ha sido y debe seguir siendo un factor importante en nuestra cultura occidental, ya que su misión es la reflexión sistemática sobre la cultura: conocerla, conservarla, criticarla, transmitirla; no reproducirla mecánicamente, sino generarla reflexivamente. En la universidad medieval las llamadas "Artes", centradas en el hombre, eran la base de los demás estudios; en la renacentista brotó un anhelo profundo de humanización, una búsqueda del sujeto, de su dignidad y sus derechos. Hoy la creciente especialización en decenas de licenciaturas y especialidades, resultado de la ampliación de los conocimientos llamados objetivos, nos ha llevado a un olvido del sujeto. Debemos recobrar la misión universitaria de orientar el cambio de cultura, de educar a la persona entera, y no sólo de fabricar profesionales. ¿O seguimos copiando y dictando nuestros viejos apuntes positivistas?

En particular, es necesario integrar la ciencia con la religión. Para esto, ambas deben bajar sus defensas. La ciencia debe reconocer que existen otros campos de conocimiento, que lo objetivo no es sólo el mundo exterior, que el hombre es más que materia. Por su parte, la religión debe cuestionar sus rígidas estructuras dogmáticas y disciplinares, sus simbolismos anacrónicos, y volver a su fuente, que es el conocimiento místico, la experiencia de Dios. Sólo así será congruente con la cultura actual. También en esta tarea tiene su parte la universidad: debemos contribuir a integrar la objetividad de Occidente con la subjetividad de Oriente.

Es hora de abrirnos a la esperanza. Inclusive en las reacciones de la

llamada posmodernidad y más allá de sus aspectos nihilistas y subjetivistas, hay síntomas alentadores: el respeto por la vida, tanto natural como humana; el rechazo a toda marginación y dominación; el deseo de solidaridad, colaboración, compasión, amor; la búsqueda de espiritualidad; en una palabra, el retorno al sujeto. Nuestro papel como universidades debe ser descubrir, purificar y alentar estos valores para orientar el cambio de época hacia una sociedad con rostro humano por y para el hombre. La fe cristiana sustenta esta misión y garantiza esta esperanza.

Espero no “haber dictado” una conferencia, sino provocado una reflexión personal que nos ayude a objetivar nuestra subjetividad, a apropiarnos cada vez más de nosotros mismos, de nuestras operaciones interiores, como sujetos conscientes, libres y responsables. Esto no puede ser el resultado de tomar el “dictado” de lo que nos rodea y transmitirlo mecánicamente. Inicié con el Auto del Rey Felipe II; terminé con el “código ético” de Teilhard de Chardin: “Para ser plenamente él mismo y vivir como tal, el Hombre tiene que: 1. centrarse sobre sí (ser); 2. des-centrarse sobre el otro (amar); 3. sobre-centrarse en uno más grande que él (adorar)”.